

ciones de los naturales, es el nopal, cuyo jugoso fruto, llamado tuna, y sus pencas proporcionan importante alimentación á los indios. Hay también algunas especies de *Echinocactus* y *Mammillaria*, más no se crea que los cactus constituyen un rasgo característico en las alturas de la sierra.

Á lo largo de los riachuelos que corren en los numerosos vallecitos, encontrábamos esbeltos fresnos, á más de abedules, arbustos, *Euonymus* de brillantes cápsulas rojas, sauces, etc., haciéndose notar asimismo el madroño con sus bonitas y sabrosas bayas semejantes á las fresas.

Las flores, en general, no son abundantes en la sierra. La primera que aparece á la orilla de las corrientes, y la última que se va, es el modesto *Mimulus* amarillo. Pueden mencionarse también varias formas de colombina (*Aquilegia*) y de ruda pratense (*Thalitrum*). En agosto y setiembre he visto las colinas que hay en la falda de la sierra al noroeste del pueblo de Panaláchic (Banaláchic; banalá = *cara*, es decir *la faz de una gran roca cercana*), vestidas de grandes flores escarlatas y de otras amarillas, llamadas *baguis*, que dan á aquellos sitios apariencia de jardines. Noté en la misma localidad dos clases de hermosos lirios, el uno amarillo y el otro con una sola flor grande y roja. Los tarahumares tienen nombres para todas esas plantas.

Merece, sin embargo, principal mención la *Amaryllis*. Como el azafrán y las campanillas blancas de los climas septentrionales, aparece antes de que reverdezca la yerba. Es un verdadero placer para los ojos encontrar sobre aquel seco y arenoso terreno, y á una altura tan fría, aquella flor exquisitamente bella que únicamente aprecian allí los colibríes. Son numerosas en cierta época del año las plantas comestibles, tales, por ejemplo, como *Mentha*, *Chenopodium*, *Cirsium* y el berro común; pero las frutas y las bayas son escasas, siendo las más comunes las zarzamoras.

Aunque no es particularmente abundante la vida animal

en la sierra, hay con todo bastantes venados, osos, leones, y muchas clases de ardillas y ratas. De cuando en cuando se encuentra el jaguar (*felis onza*) en lo alto de las barrancas. Las aves más notables por allí son las águilas, los halcones, pavos, tordos y cuervos. El pavo es llamado por los tarahumares, *tshivi*; por los mexicanos de la Sierra de Chihuahua, *guajolote*, en tanto que más al sur se le designa con el nombre de *cócono*. De cuando en cuando se mira el verde trogonido de brillante plumaje.

Hay muchas especies de carpinteros muy conocidas de los tarahumares, que las designan con nombres especiales. El carpintero gigante se encuentra en los lugares más remotos, pero se halla á punto de quedar exterminado, porque sus polluelos son para los naturales manjar tan delicado que no vacilan en derribar los árboles más grandes para apoderarse de sus nidos, y los mexicanos les dan caza por creer que sus plumas son benéficas para la salud. Á este efecto se las colocan sobre las orejas y en la cabeza para recibir el magnetismo que les suponen, y librarse de los maléficis efectos del viento. En el período del celo, dichas aves producen cierta charla que no era desagradable para mis oídos, pero que irritaba muchísimo á uno de los mexicanos que me servían, induciéndolo á matar á los fastidiosos pájaros.

El maíz es el producto agrícola más importante de los tarahumares, pudiendo estimarse, por término medio, la cosecha de cada familia, de seis á doce fanegas. Un indio excepcionalmente rico que ya murió, llegó á levantar hasta cuatrocientas fanegas anuales, pero este hecho es único en la historia de la tribu. Asimismo cosechan frijol, calabazas, chile y tabaco, todo en bajísima escala. En las altiplanicies suele todavía usarse el primitivo arado ya descrito (página 121), aunque va siendo rápidamente sustituido por los de modelo mexicano. En los arroyos y barrancas, donde es imposible arar por las condiciones del terreno, recurren los indios al antiguo sistema de agricultura, todavía en boga

entre los naturales más remotos de México, llamado *coamillar*. Cortan árboles, desmontan un espacio de tierra y lo dejan así descubierto hasta que están á punto de comenzar las aguas, procediendo después á quemar la maleza, que ha quedado por entonces completamente seca, y á plantar el grano en las cenizas. Para esto, hacen simples agujeros en el suelo con una estaca, echan en ellos algunas semillas y las cubren con el pie. No tengo noticia del número de granos que siembran en cada hoyo; pero los tepehuanes ponen cuatro. Compran generalmente sus azadas á los mexicanos ó las fabrican de ramas nudosas. Las mujeres nunca ayudan á arar, pero no es raro que se ocupen en sembrar y cavar, y aun en recoger la cosecha.

El suelo de la sierra puede producir buenas mieses, sin necesidad de abono, por tres años seguidos, pero en los anchos valles de la montaña y en las mesas puede una familia cultivar el mismo campo, año tras año, por veinte ó treinta estaciones. En las barrancas, en cambio, no se hace el cultivo por más de dos años, porque es tanto el desarrollo que en ese tiempo alcanza la mala yerba que casi sofoca á las milpas. Se atiende á la plantación desde á mediados de abril hasta la primera semana de julio, y la cosecha comienza hacia la primera semana de octubre prolongándose hasta principios de diciembre.

Todos los requerimientos del cultivo se practican en común, y así es como se desmontan los campos, como se aran (pues cada surco es abierto por distinto individuo), como se siembran, escarban, rozan y siegan, y así también se recoge la leña para las fiestas, y se pesca y se caza.

El que quiere sembrar su campo, la primera providencia que debe tomar es hacerse de buen acopio del estimulante nacional que es una especie de cerveza llamada *tesguino* ó *tejuino*, pues mientras en mayor cantidad la tenga, más grande será el terreno que cultive, porque dicha bebida es el único pago que esperan y reciben los que le ayudan.

El propietario y sus hijos hacen siempre solos el trabajo del primer día, antes de que sus amigos y vecinos acudan. Comienzan, con todo empeño, á limpiar de piedras el campo, retirándolas á brazos ó en frazadas, y cortan la maleza. Sacan asimismo *tesgüino é izquiate*, y todos los hombres, en mucha parte bajo la influencia del licor, trabajan con la animación de activas é incansables hormigas.

Una vez que se ha concluído de romper y desherbar la tierra, apodéranse los labradores del dueño del campo, y atándole los brazos por detrás, cargan sobre su espalda todos los útiles, es decir las azadas, bien aseguradas con cuerdas. En seguida se forman en dos hileras, dejando en medio de ambas al dueño, y dando todos frente á la casa, hacia la cual marchan luego. Los dos hombres que encabezan las filas, échanse simultáneamente á correr con rapidez como unas treinta varas adelante; se cruzan y regresan corriendo á lo largo de las dos columnas; vuelven á cruzarse por la retaguardia, y tornan uno y otro á alinearse al fondo de su fila. Al cruzar por el frente y por detrás de las hileras, se golpean la boca con el hueco de la mano y lanzan alaridos. Tan presto como han vuelto á enfilarse, parten los dos que han quedado en el frente corriendo de la misma manera, y siguen, sucesivamente, pares por pares, efectuando la misma evolución, en tanto que la comitiva continúa avanzando hacia la casa.

Á corta distancia de ésta, hacen una parada y salen á encontrarlos dos muchachos con pañuelos colorados sujetos á unos palos, á modo de banderas. El padre de la familia, todavía amarrado y con las azadas á cuestras, se adelanta solo y se arrodilla frente á la puerta de su casa. Los jóvenes tremolan sobre él sus banderas, y las mujeres de la familia salen y se hincan con la rodilla izquierda, primero hacia el oriente, y después de breve rato, hacia cada uno de los otros puntos cardinales, oeste, sur y norte.

Para concluir, hacen ondular las banderas en frente de

la casa. El padre se pone en pie para que lo desaten, hecho lo cual, saluda al punto á las mujeres con la salutación usual "¡Kwira!" ó "¡Kwirevá!" y entran todos en la casa donde el jefe de ella les dirige un breve discurso dándo á todos las gracias por la ayuda que le prestaron, pues ¿qué hubiera hecho él para poder trabajar sin ellos? Le han proporcionado un año de vida (es decir, el sustento para pasarlo), y él, por su parte, les dará tesgüino. Y en efecto, entrega á cada uno de los presentes un guaje lleno de dicho licor y designa á un individuo para que distribuya más.

Idéntica ceremonia tiene lugar después de abrir los surcos y después de la siega, haciendo en la primera vez que el hombre atado lleve el yugo del buey, pero en la segunda no se le carga con nada.

Los tarahumares surianos así como los tepehuanes del norte, en tiempo de cosecha, juntan los elotes, amarrándolos de dos en dos con las mismas hojas que los cubren. Los escogen de milpas que tengan por lo menos tres ó cuatro mazorcas y hacen tejuino con ellos. En la fiesta de la siega, riegan cañas de milpa y tallos de calabaza, y se ponen á bailar *cuvata* sobre ellos.

El tarahumar cuida bien sus animales domésticos y nunca los mata si no es para ofrecer un sacrificio. Guarda por la noche á las ovejas y cabras dentro de cercados ó en cuevas. El pastor sigue á su rebaño hasta el lugar que los animales eligen para comer, y nadie pastorea mejor que los tarahumares que confían sabiamente en el instinto natural de sus greyes. No se precian de castas. Es sorprendente el número de moruecos con dos pares de cuernos que hay en la tribu. En cada rebaño se ven dos ó tres de ellos, un par caminando en el frente y el otro por un lado. He visto algunos con tres pares de cuernos. Cerca de Nonoava, donde los indios están muy mexicanizados, hacen mantequilla y queso, empleando cuajos de vaca, oveja y venado, pero no beben leche, porque dicen que los entontece, ni la dejan

beber á sus hijos. No gustan mucho de los perros si no es para sus cacerías, y los muchos que andan alrededor de las casas tienen que buscarse la vida como mejor pueden. Son todos perros cruzados de la clase que se encuentra entre los indios de hoy día; son generalmente de color parduzco y no



Perros de Chihuahua.

grandes, pero los hay también amarillos y de orejas paradas. Los llamados perros de Chihuahua, muy apreciados entre los aficionados, sólo se encuentran en la capital del Estado. Son pequeños y muy tímidos, con grandes orejas y ojos saltones. Entiendo que los de color pardo amarillento son considerados como la mejor casta, pero se encuentran de muy diversos colores, desde el blanco de nieve y blanco y negro hasta el moreno oscuro. Dícese que tienen una pequeña cavidad arriba de la cabeza, aunque según algunas autoridades tal señal no es infalible en la raza, que parece indígena. Los mexicanos iletrados, en su tendencia á referir todo lo bueno á Moctezuma, creen que los perros puros de Chihuahua descienden de los que dejó aquel cerca de Casas Grandes en la época en que marchó al sur, los cuales cayeron después en estado salvaje y degeneraron en las marmotas que hoy existen.

Otro perro indígena de México es el que carece de pelo, el cual es asimismo objeto de mimo, y se encuentra en toda la República. Se le atribuyen virtudes curativas, por cuya razón los conservan algunos en sus camas durante la noche.

grandes, pero los hay también amarillos y de orejas paradas.

Los llamados perros de Chihuahua, muy apreciados entre los aficionados, sólo se encuentran en la capital del Estado. Son pequeños y muy tímidos, con grandes orejas y ojos saltones. Entiendo que los de color

## CAPÍTULO XII

LOS TARAHUMARES ME SIGUEN TENIENDO MIEDO—DON ANDRÉS MADRID SE PONE DE MI PARTE—LADRONES MEXICANOS APREHENDIDOS POR LOS TARAHUMARES—MANERA DE ENTERRAR EN LAS ANTIGUAS CUEVAS—VISITA Á NONOAVA—LOS INDIOS CAMBIAN DE PARECER ACERCA DE MÍ Y ME TIENEN POR EL DIOS DE LA LLUVIA—LO QUE COMEN LOS TARAHUMARES—BONITA IGLESIA EN EL DESIERTO—HALLO AL FIN UN INTERPRETE DE CONFIANZA Y COMIENZO Á VIVIR COMO LOS INDIOS.

AL ir avanzando, encontraba á los naturales hoscos y temerosos de mí. Uno que se había ocultado, pero que al rato tuvo que salir de su escondite, me preguntó bruscamente: “¿No es V. el hombre que mata á las muchachas y niños gordos?” En otra ocasión me tomaron por el famoso bandido Pedro Chaparro, que había engañado notoriamente á los indios. El guía no se interesaba sino á medias por mí, temiendo que el verle conmigo lo perjudicara en su comercio con los indios, para quienes era especialmente sospechoso lo que yo escribía en mi libro de notas, considerándolo como una prueba de que pretendía quitarles sus tierras. Recogí, con todo, muchas é interesantes observaciones, á pesar de las dificultades, casi desesperantes, con que tenía que luchar.

Sentí positivo descanso cuando á principios de agosto, seis semanas después de salir de Guachóchic, llegué á Guajóchic (guajo = *zancudo*, mosquito), una de las estaciones de los atajos que acarrear mineral entre Batopilas y Carichic. El hombre encargado de aquel solitario puesto de vigilancia, Andrés Madrid, llegó á serme muy interesante. Nacido